

anticipado de arrancar de aquí algún terrible epigrama contra Vandenesse.

—¡Y yo que acabo de invitarlo á mis reuniones!—exclamó la marquesa contrariada.

—¿No le recibí yo también anteayer?—repuso lady Dudley.
—Amiga mía, los mejores placeres son los que se compran más caros.

El rumor de la mutua pasión de Raúl y de la condesa de Vandenesse se extendió por el teatro aquella noche, no sin excitar reclamaciones é incredulidades, pero las amigas de la condesa, lady Dudley, y las señoras de Espard y de Manerville lo defendieron con un calor tan falsamente exajerado, que los dichos adquirieron desde luego visos de fundamento.

Cediendo á la necesidad que siente todo amante, acudió Raúl á casa de la marquesa el inmediato miércoles por la tarde, en donde, entre la gente de tono que la frecuentaba, encontró á su ídolo, libre de la presencia de su esposo, que aquel día dejó de acompañarla, por lo que pudieron cambiar algunas frases más expresivas por su acento que por lo que significaban. Puesta en guardia la condesa contra la maledicencia por su buena amiga Octavia de Camps, adivinó lo difícil de su situación á la faz del mundo y la hizo comprender á Raúl. En el seno de la escogida reunión debieron limitarse, pues, á esos placeres tan dulcemente saboreados que nacen de las ideas, de la voz, de los gestos y hasta de la muda actitud de una persona amada. El alma entonces está pendiente de una insignificancia de esta naturaleza: los ojos divagan y se fijan siempre en un mismo objeto, incrustando en él, por decirlo así, un pensamiento cogido, dejado y vuelto á tomar hasta verse comprendido. En el transcurso de una conversación, al parecer insignificante, un pie que se adelanta levemente y una mano trémula cuyos dedos juegan con un objeto cualquiera, forman las delicias de dos amantes. Entonces hablan las cosas, que no las ideas y el lenguaje, y hablan de tal modo, que con mucha frecuencia un hombre enamorado deja que los demás acerquen á la mujer amada la taza ó la azucarera y todo cuanto solicita, temeroso de hacer patente su turbación ante los ojos ajenos, que sin mirar nada lo ven todo. Miriadas de deseos, de anhelos insensatos y pensamientos violentos brotan palpitantes con la luz de la mirada. Entonces un apretón de mano á cubierto de los cien Argos que os atisban, adquiere la elocuencia de una larga epístola y la voluptuosidad

de un beso. El amor se agranda ante las dificultades, y para crecer se apoya en los obstáculos, hasta que por fin esas barreras, más veces maldecidas que franqueadas, artilladas debidamente, pasan á alimentar el fuego de la pasión. Entonces pueden medir las mujeres toda la extensión de su predominio en las pequeñeces de un amor que se repliega sobre sí mismo y se reconcentra en una mirada alterada, en una contracción nerviosa ó en una mera fórmula de cortesía. ¡Cuántas veces, en el último tramo de una escalera, ha bastado una palabra para recompensarnos de los mil tormentos desconocidos y del insípido lenguaje de toda una velada!

Raúl, poco cuidadoso del mundo, dió aquella tarde rienda suelta al mal humor que le producían las contrariedades sin fin, que los artistas saben soportar tan mal. Su furor, digno de Rolando, nada respetaba; el epigrama era una especie de maza en boca de Raúl; pero ¡nueva contrariedad! los concurrentes, incluso María, estaban encantados de oírle, como si contemplaran un rabioso toro cubierto de banderillas, brincando por la arena de un circo español.

—Es inútil que te esfuerces—le dijo Blondet al oído;—siguiendo este sistema nunca podrás verte solo con ella.

Esta observación devolvió á Raúl su presencia de ánimo y dejó de dar el curioso espectáculo de su irritación.

La marquesa pasó á ofrecerle una taza de té y le dijo en alta voz para que lo oyera la señora de Vandenesse:

—Es usted muy divertido; venga usted á vernos á menudo.

La palabra *divertido*, aun cuando fuera sólo una especie de pasaporte para la invitación, ofendió á Raúl de tal modo, que se impuso la obligación de no despegar los labios, remedando á aquellos actores que, en vez de estar en escena, pasean sus miradas por el público. Blondet le tuvo lástima.

—Amigo mío—le dijo llevándolo aparte,—veo que entre la buena sociedad te conduces lo mismo que si estuvieras en casa de Florina. Aquí es preciso no enfadarse, ni pronunciar largos artículos de fondo; sólo de cuando en cuando se abren los labios para decir una frase espiritual; y en el momento en que se sienten más ganas de echar á un hombre por la ventana, es cuando debes aparentar mayor sosiego; aquí se bromea delicadamente, se distingue á la mujer amada de cierto modo y no hay necesidad de revolcarse como un jumento por el polvo de la carretera. Las buenas formas, aquí lo son todo, y, si no sabes guardarlas, será mejor que no pienses más en la

señora de Vandenesse. En una palabra, amigo mío, te pareces demasiado al amante que describes en tus libros.

Nathán oía la filípica con la cabeza inclinada; parecía un león preso en las redes.

—Juro no volver á poner los pies en esta casa—dijo,—pues esa marquesa de dublé vende su té demasiado caro. ¡Llámame divertido! ¡Ahora me explico por qué Saint-Just mandaba á todas esas gentes á la guillotina!

—Hasta mañana—repuso Blondet riendo.

Blondet tenía razón, pues las pasiones son tan cobardes como crueles. Al día siguiente, después de muchas vacilaciones, Raúl dejó á sus asociados engolfados en lo más interesante de la conversación y se dirigió corriendo al arrabal Saint-Honoré, á casa de la señora de Espard. Al ver el elegante carruaje de Rastignac entrando en el zaguán, en tanto que él despedía al cochero junto á la puerta, experimentó un movimiento de despecho, resolviendo adquirir un brillante cabriolé, con su obligada piel de tigre; pero el enojo se trocó en placer cuando, al entrar en la casa, distinguió entre otros el coche de la condesa.

María, bajo la presión de sus amorosos deseos, marchaba con la regularidad de las agujas de un reloj movidas por un resorte. Estaba arrellanada en un sillón junto á la chimenea y cuando anunciaron á Raúl, lejos de mirarlo de frente, lo contempló en la luna del espejo, segura como estaba de que la dueña de la casa espiaría sus menores movimientos. El amor encadenado necesita valerse de estas pequeñas astucias, dando así vida á los espejos, manguitos, abanicos y á una multitud de objetos cuya utilidad real no está bien demostrada, y que usan muchas mujeres sin servirse de ellos.

—El señor ministro—dijo la marquesa dirigiéndose á Nathán y señalándole á de Marsay con una mirada—estaba sosteniendo, cuando entraba usted, que los realistas y los republicanos andan en inteligencias; usted debe saber algo de eso.

—Y aunque fuese cierto—dijo Nathán—¿qué hay de particular en ello? ¿no odiamos por ventura un mismo objeto? Acordes en el odio, en lo único que diferimos es en el amor.

—¡Bizarra es la alianza!—exclamó de Marsay, envolviéndola en una sola mirada á Raúl y á la condesa.

—Pero durará poco—dijo ingenuamente Raúl, que á fuer de principiante pensaba demasiado en la política.

—¿Lo cree usted así, querida amiga?—preguntó la señora de Espard á la condesa.

—Me cuido muy poco de política—dijo ésta.

—Ya vendrá día, señora, en que la política le preocupará, y entonces será usted nuestra enemiga bajo dos distintos conceptos—exclamó de Marsay.

Nathán y María no comprendieron el significado de esta frase hasta que de Marsay se hubo retirado. Rastignac le siguió y la marquesa los acompañó hasta la antesala. Los dos amantes, felices con algunos momentos de encontrarse á solas, no pensaron ya en los epigramas del ministro, y María quitóse el guante con viveza, y tendió la mano á Raúl, que se la besó con la efusión de un niño. Brilló en los ojos de la condesa una expresión de ternura y en los de Raúl esa lágrima de que disponen siempre los hombres de temperamento sumamente nervioso.

—¿Dónde podremos vernos, señora? ¿Dónde podremos hablarnos con entera libertad?—exclamó—pues moriré, si como hasta aquí me veo obligado á disfrazar mi voz, mis miradas, mi corazón, mi amor.

Conmovidá por estas palabras y por las lágrimas que brillaban en las pupilas de Raúl, María prometió salir de paseo al bosque siempre que hiciera buen tiempo, y esta promesa produjo á Raúl una felicidad tan grande como no hubiera sabido proporcionársela Florina en cinco años.

—¡Tengo tanto que decirle! ¡Sufro tanto con el silencio á que nos vemos condenados!

La condesa le contemplaba con embriaguez, sin encontrar palabras qué decir para contestarle. En esto reapareció la marquesa.

—¿Cómo no ha sabido usted dar una buena contestación á de Marsay?—le preguntó al entrar.

—Señora, es deber sagrado respetar á los moribundos. ¿No sabe usted que de Marsay está agonizando? Rastignac es su enfermero, pues confía mucho en el testamento del ministro.

La condesa alegó que tenía que hacer algunas visitas y se marchó para no comprometerse.

A este cuarto de hora pasado en casa de la señora de Espard sacrificó Raúl su tiempo más precioso y sus intereses más palpitantes. Ignoraba María los detalles de su vida, semejante á la del pájaro sobre la rama, vida llena de complicados negocios y exigentes trabajos. Cuando un amor que debe ser

eterno une á dos seres con los fuertes lazos de incesantes confianzas y el común examen de las mutuas dificultades; cuando dos corazones enamorados cambian entre sí sus pesares, á la par que sus bocas los suspiros, y, presa de las mismas ansiedades, luchan juntos ante los obstáculos, entonces una mujer se lo explica todo y conoce cuánto amor significa un retardo evitado ó una entrevista robada al deber y á las ocupaciones; entonces una mujer va y viene, espera y se agita con el hombre ocupado y preocupado, dirige sus quejas contra los objetos que la detienen y nunca contra el hombre, y lejos de dudar, aprecia, comprende y se explica la vida de éste, con todos sus incidentes. Pero en los orígenes de una pasión, cuando ésta da lugar á que se despliegue tanto ardor, tantas desconfianzas y tantas exigencias, cuando nada sabe el uno del otro, tratándose de mujeres desocupadas á cuyas puertas parece que el amor debe permanecer constantemente cual vigilante centinela; tratándose de mujeres de exagerada dignidad, que pretenden ser obedecidas en todo, incluso en aquellas cosas que pueden acarrear muy bien la ruina de un hombre, el amor impone en París y en nuestros tiempos trabajos irresistibles. La mayor parte de las mujeres de mundo permanecen todavía bajo el imperio de las tradiciones del siglo XVIII, en el cual gozaban todos los amantes de una posición segura é independiente; y pocas son las que conocen los apuros y embarazos de los hombres de nuestra época, cuya mayor parte tienen que conquistarse posición, fortuna ó gloria. Contadas son, en el día, las personas que las posean: en todo caso serán los viejos, que en cuanto á los jóvenes se encuentran en la dura necesidad de remar, como Raúl Nathán, en las galeras de la ambición. Mal resignadas las mujeres con este cambio en las costumbres, dedican el tiempo que les sobra á lo que tienen sobrado escaso, sin imaginarse que existan otras obligaciones que las suyas; y aun cuando el amante, para llegar al lugar de una cita, venciese á la hidra de Lernos, no adquiriría por esto el menor mérito, pues el placer de verle lo eclipsa todo, no agradeciéndole más que sus emociones, sin pararse á reflexionar el precio á que se han comprado. Si ellas, por el contrario, en sus horas de ocio inventan una estratagemá, por de contado la harán brillar á vuestros ojos como una rica joya; y ya podéis vosotros doblegar los duros barrotes de hierro de una apremiante necesidad, que vale más una astucia de su parte que un sacrificio de la vuestra, y no debéis

disputarle, por lo mismo, el lauro del triunfo. No obstante, reflexionadlo y echaréis de ver que no les falta la razón. ¿Qué no arrostraréis por una mujer que por vosotros lo arrostra todo? De modo que no hacen más que exigiros el justo precio de lo que os dan.

Al encontrarse Raúl en la calle, echó de ver las dificultades que había en atender á la vez á su amor en el gran mundo, al carro de diez caballos del periódico, á sus compromisos teatrales y á sus asuntos particulares, sumamente embrollados.

—Esta noche, sin artículo mío, no podrá leerse el periódico —dijo andando precipitadamente,—y eso que es el segundo número.

Tres veces la señora Félix de Vandenesse salió á paseo por el bosque de Boloña, y otras tantas regresó á su casa sin haber visto á Raúl, inquieta y desesperada. Hay que advertir que Nathán no había querido ostentarse sino con todo el esplendor de un príncipe de la prensa. Necesitó, pues, una semana para buscar un buen tronco, un magnífico cabriolé y la indispensable piel de tigre, convencer á sus asociados de que era preciso que con sus esfuerzos le indemnizaran del tiempo precioso que perdía y en hacer que fuera comprendido el coste de su equipaje entre los gastos generales del periódico. Massol y de Tillet accedieron tan gustosos á su demanda, que no encontraba palabras para demostrarles su agradecimiento, considerando á entrambos como los mejores muchachos del mundo. Sin ese auxilio, se le habría hecho imposible la vida que llevaba; pero aún con él, era de sí tan ruda, por más que de cuando en cuando la endulzaran los delicados goces de un amor ideal, que las naturalezas más resistentes apenas habrían podido soportar semejantes disipaciones. Ya una pasión violenta y afortunada ocupa por sí sola mucho sitio en una existencia ordinaria; cífrase en una dama de la posición y condiciones de la señora de Vandenesse y absorberá toda la vida de un hombre ocupado como Raúl lo estaba. O sino, enumeremos únicamente las obligaciones que, sobrepujando á las demás, le imponía su pasión. Casi todas las tardes, entre dos y tres, debía acudir al bosque de Boloña, montado á caballo, con la constancia del más desocupado *gentleman*, y allí averiguaba en qué casa ó en qué teatro podría volver á ver á su amada por la noche. Nunca dejaba antes de las doce los salones, después de haber cambiado media docena de frases por mucho tiempo ansias y otros tantos piropos á hurtadillas,

por debajo de la mesa, entre dos puertas ó al subir ella al carruaje. Agréguese á esto que María, gozosa de haberle lanzado en el gran mundo, lo hacía convidar á muchas casas en donde acostumbraba á comer, y dígase si hay nada de exagerado en lo que hemos dicho más arriba. Pero, por otra parte ¿no era todo esto por extremo natural? Completamente dominado por su pasión, Raúl no se atrevía á confesar á su amada sus múltiples quehaceres, y á la par que satisfacía los incesantes caprichos de esta ignorante soberana, envuelto en el torbellino de la política, seguía los debates parlamentarios, atendía á la dirección del periódico, y escribía dos piezas, cuyos derechos de representación le eran indispensables. Si alguna vez se excusaba de asistir á un baile, á un paseo ó á un concierto, á un simple gesto de disgusto de la señora de Vandenesse sacrificaba sus intereses para no desagradarla. Y al retirarse á la una ó á las dos de la madrugada, debía trabajar hasta las ocho ó las nueve, sin que apenas le quedase tiempo para dormir, pues estaba obligado á concertar diariamente las opiniones del periódico con las personas influyentes de quienes dependía, discutiendo los mil y un asuntos que hacen al caso. En esta época el periodismo se ocupa de todo, de industria y comercio, de asuntos públicos y particulares, de empresas nuevas y en embrión, del amor propio de los literatos y de sus obras. Y aun cuando molido y fatigado corriese Nathán de la redacción al teatro, del teatro á la Cámara, de la Cámara á apaciguar á algunos acreedores, á la hora de costumbre tenía que presentarse tranquilo y dichoso delante de María y galopar un trecho al lado de su carruaje, con el desenfado de un hombre libre de otras atenciones y fatigas que las de un amor correspondido. Por último, al ver que como premio á tantos y tan ignorados sacrificios recibía sólo dulces ternezas, juramentos de amor eterno, y algún apretón de mano cuando se hallaban á cubierto de toda ajena mirada, echó de ver que perdía mucho en dejarle ignorar el enorme precio á que compraba esas menudas compensaciones. No se hizo aguardar mucho la ocasión de explicarse.

En una bella tarde de abril, la condesa aceptó el brazo de Nathán, andando por un recodo extraviado del bosque de Boñoña. Precisamente aquel día traía en mientes una de esas preciosas reconvenções que, basándose en insignificancias, las mujeres saben tan bien convertir en montañas, por lo que, en vez de acoger á su amado como de costumbre, con la son-

risa en los labios, la frente radiante de felicidad y animados los ojos por un pensamiento redentor, mostraba un aire serio y preocupado.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Nathán.

—Nada—dijo la condesa;—no haga usted caso, pues harto sabe que las mujeres somos como los niños.

—¿Le he desagradado, por ventura?

—¿Me encontraría usted aquí, si así fuera?

—¿Como observo que no me sonríe usted! ¡como parece que le disgusta mi presencia...!

—¡Ah! por fin ha notado usted que estoy algo enfadada ¿no es cierto?—dijo la condesa con ese aire de víctima que saben emplear siempre las mujeres.

Nathán dió algunos pasos sintiendo que el corazón se le oprimía.

—Supongo—dijo después de un momento de silencio—que todo ello no pasará de una sospecha frívola é infundada, de uno de esos nebulosos temores que á veces coloca usted en la categoría de las más importantes cosas de la vida; una brizna de paja, nada, pues esto le basta á usted para querer interrumpir el curso del universo.

—¡Ironías! las esperaba—exclamó la condesa bajando la cabeza.

—María ¿no ves tú, ángel mío, que mis palabras no tienen otro objeto que arrancarte tu secreto?

—Mi secreto será siempre un secreto, aún después de habersele confiado á usted.

—No importa. Dílo...

—Pues bien: usted no me ama—repuso ella, echando sobre Raúl una mirada oblicua y astuta con la que las mujeres interrogan tan maliciosamente al hombre que quieren atormentar.

—¿Que no te amo?—exclamó Nathán.

—No; como se ocupa usted en tantas cosas á un tiempo, forzosamente alguna ha de quedar en segundo término, y esa soy yo. Ayer vine, le esperé...

—Pero...—balbuceó Raul.

—Estrené un traje, sólo para que usted me viera. ¿En dónde estaba usted?

—Pero...

—Lo que es yo no lo sé, pues tampoco estuvo usted en casa de la señora de Espard, adonde fuí yo con la esperanza de encontrarle.

—Pero...

—Ni en la Ópera por la noche, y lo aseguro porque no dejé la delantera del palco un solo instante, y cada vez que la puerta se abría sentía que me palpataba violentamente el corazón.

—Pero...

—¡Qué día el de ayer! A usted parece que no le importan estas borrascas del corazón.

—Pero...

—Ni que la vida se gaste á fuerza de emociones de esta especie...

—Pero...

—¿Qué?—dijo ella.

—Que tiene usted razón—pudo por fin decir Nathán;—la vida se gasta, y si la que llevo ahora dura algunos meses, á usted le cabrá la gloria de haber acabado con la mía. Perdóneme que sus quejas arranquen así mi secreto. ¡Que no la amo á usted! Escúcheme y tal vez hallará que la amo demasiado.

Y con ardorosa vehemencia pintóla el cuadro de su situación, refirió sus rudas vigiliás, enumeró sus deberes á hora fija, la necesidad en que se hallaba de cumplirlas, describió las insaciables exigencias del periodismo, su incesante obligación de juzgar todos los acontecimientos á la faz del mundo, contacto y acierto, so pena de pagar el más mínimo desliz con la pérdida de la influencia adquirida, y, en una palabra, todo ese cúmulo de estudios múltiples y variados que exigen las cuestiones que, en una época vertiginosa como aquella, pasan fugaces como nubes por el espacio.

Raúl, al contarle todo esto, cometía una falta, olvidando que ya antes le había dicho la señora Espard que nada en el mundo existe tan ingenuo como el primer amor. Pronto debía echar de ver que la condesa le amaba demasiado, pues una mujer enamorada responde á todo con un placer, un juramento ó un deleite. Ante la pintura de esta vida inmensa, la condesa sintió un movimiento de admiración; Nathán, que antes le parecía grande, le pareció sublime, y al comparar el amor de él con el suyo, éste le pareció pequeño. Profundamente enternecida prometióle no sacrificarlo por más tiempo á sus placeres, y al considerar que pretendiendo ser el escabel de su fortuna, sólo le había servido de obstáculo, brotaron de sus ojos algunas lágrimas de desesperación.

—Las mujeres—dijo embargada la voz por los sollozos—no sabemos hacer más que amar; los hombres son mil veces más razonables y fuertes; nosotras no podemos hacer más que pensar, rogar y adorar.

Era menester una recompensa á tanto amor; y cual mira un lindo pajarillo al dirigirse á una cristalina fuente saltando de rama en rama, así observó María si entre aquel silencio se ocultaba algún testigo, y convencida de que estaban completamente á solas, presentó su cabeza á Raúl, quien inclinó la suya, recibiendo un beso, el primero, el único que ella debía dar fraudulentamente, y en aquel instante sintióse dichosa, como no lo había sido en cinco años. En cuanto á Raúl, dió todas sus penas por pagadas. Después de esto caminaron un rato sin saber fijamente adonde se dirigían, por el camino de Auteuil á Bologne, hasta que notaron que era tiempo de volver á sus carruajes, hacia los cuales se dirigieron con ese paso lento y acompasado tan conocido de los amantes. Raúl tenía fe en aquel beso dado con la inocente facilidad de un sentimiento casto y puro. Todo el mal procedía del mundo y no de esta mujer completamente suya; y ya no se lamentaba de los tormentos de su vida agitada, que María le hacía olvidar al fuego de su primer deseo, imitando en esto á todas las mujeres que no tienen ante la vista constantemente los terribles combates de esas existencias excepcionales. Entregada ella á ese reconocimiento lleno de admiración, tan propio de las pasiones femeniles, caminaba vivamente por la arena de una contra-avenida, parca de palabras lo mismo que Raúl, siendo éstas, empero, sentidas é intencionadas. La atmósfera se hallaba completamente despejada, los corpulentos árboles empezaban á retoñar, y el color verde animaba ya en algunos puntos las obscuras ramas. Los chopos, los sauces y los álamos, más tempranos que los demás, ostentaban ya su todavía diáfano follaje. ¡No hay alma que resista á semejantes armonías! Hubo un día en que el amor explicó á la condesa en qué consistía la sociedad, y entonces se explicaba lo que era la naturaleza.

—Quisiera, Raúl, que nunca hubiera usted amado á nadie más que á mí—le decía.

—Su deseo está cumplido—respondió Raúl;—mutuamente nos profesamos el verdadero amor.

Y, al decir esto, decía la verdad, pues al ponerse delante de aquel joven corazón, deseoso de hacerse el hombre puro, se ena-

moró de esas frases propias de los más bellos sentimientos; y si en un principio su pasión fué meramente especulativa, é inspirada por su vanidad, acabó por ser sincera, y, empezando por mentir, terminó por decir verdad. Por lo demás, difícilmente pierde todo escritor ese sentimiento que le lleva hacia la admiración de la belleza moral; y generalmente el hombre á fuerza de hacer sacrificios, acaba por interesarse por el ser que se los exige. Las mujeres de mundo, lo propio que las costezanas, poseen esta verdad por instinto, ó cuando menos la practican sin conocerla. Por eso, pasado el primer ímpetu de reconocimiento y de sorpresa, quedó como encantada de haber inspirado tantos sacrificios y hecho allanar tales dificultades. Por fin se creyó amada de un hombre digno de ella. Raúl, por su parte, ignoraba hasta donde le llevaría su falsa grandeza, pues las mujeres no toleran que sus amantes desciendan de su pedestal, y á un dios menos que á nadie se le perdona la más mínima caída. María ni siquiera sospechaba la solución del enigma que Raúl pronunció un día ante sus amigos en el restaurant Very. Escritor salido de las últimas filas, luchando por espacio de diez años, los primeros de la juventud, ansiaba verse amado por una de las reinas del gran mundo. La vanidad, sin la cual, según dijo Champford, el amor es cosa baladí, sostenía esa pasión y estaba llamada á engrosarla de día en día.

—Júreme usted—dijo María—que no ama ni amaré nunca á otra mujer.

—No tendría tiempo en mi vida, ni espacio en mi corazón aunque quisiera—contestó con sinceridad, tanto despreciaba en aquellos momentos á Florina.

—Le creo á usted—dijo la condesa.

En aquel momento llegaron á pocos pasos de la avenida en donde se habían quedado los carruajes y María se desprendió del brazo de Nathán, que en actitud respetuosa, cual si por casualidad acabara de encontrarla, la acompañó hasta el coche, sombrero en mano, contentándose después con seguirle con la vista, por la avenida de Carlos X, contemplando el polvo que el carruaje de la condesa levantaba, y mirando las plumas que en forma de sauce llorón adornaban su tocado y se mecían en el aire.

A pesar de que María se había impuesto noblemente el sacrificio de no verle con tanta frecuencia como hasta entonces era demasiado intensa la pasión de Raúl para que éste dejara

de esforzarse por encontrarla en todas partes, gozándose en que su amada le reprendiera por verle malgastar un tiempo que le era tan necesario. María acabó por tomar la dirección de sus trabajos; trazóle el empleo del tiempo, dejando ella misma algunas veces de salir de casa para quitarle todo pretexto de disipación. Todos los días leía su periódico, y convirtióse en heraldo de la gloria de Esteban Lousteau, el folletista, á quien encontraba delicioso, de Feliciano Vernou, de Claudio Vignón y de los restantes redactores. Al morir de Marsay suplicó á Raúl que le hiciera justicia en el periódico, y al día siguiente leyó con embriaguez el grandioso elogio que éste escribió del difunto ministro, al cual le censuraba, sin embargo, hábilmente, su maquiavelismo y aversión por las masas populares. Como es natural, el día del estreno de la pieza en que Nathán cifraba sus mejores esperanzas, asistió al Gimnasio, en un palco de proscenio; el éxito que obtuvo le pareció inmenso, porque creyó sinceros los aplausos comprados previamente.

—¿Cómo no ha venido usted esta noche á dar el adiós á los Italianos?—le preguntó lady Dudley, por casa de la cual pasó la condesa al salir del teatro.

—Esta noche he ido al Gimnasio; ha habido estreno.

—¿Qué atrocidad! No comprendo como le gusta á usted el *vaudeville*; yo, por mi parte, lo declaro insoportable, y opino en esto lo mismo que Luis XIV respecto de los Teniers (1)—dijo lady Dudley.

—Pues yo—replicó la señora de Espard, allí presente—encuentro que los *vaudevillistas* han hecho grandes progresos. En el día los *vaudevilles* son zarzuelas muy lindas llenas de sal y pimienta, que exigen mucho talento por parte de sus autores y que me divierten en extremo.

—Añadá usted que los actores son excelentes—observó María.—Esta noche se han lucido; trabajaban con gusto, pues la obra estrenada tiene un diálogo vivo y sumamente animado.

—¿Como el de Beaumarchais?—preguntó lady Dudley.

—El señor Nathán no es todavía un Moliere; pero, no obstante, con el tiempo...—dijo maliciosamente la señora de Espard contemplando á la condesa.

(1) Padre é hijo, célebres pintores flamencos.—(N. del T.)

—¡Tiene usted razón: *hace vaudevilles!*—exclamó la señora Carlos de Vandenesse.

—Sí: *hace vaudevilles* y *deshace* ministerios—añadió la señora de Manerville.

La condesa permaneció silenciosa, buscando penetrantes epigramas con que contestar á aquellas impertinencias; pero con el corazón agitado por un movimiento de cólera, no encontró nada mejor que decirles:

—Ya los hará algún día.

Todas aquellas damas cambiaron una mirada de misteriosa inteligencia, y cuando la condesa se hubo ausentado, exclamó Moína de Saint-Héren:

—¡Ya habéis visto como le adora!

—¡Y que la niña no se anda con tapadillos!—dijo la señora de Espard.

En esto llegó el mes de mayo, y Vandenesse salió para sus posesiones en compañía de su esposa, la cual no halló en su retiro otro consuelo que las apasionadas cartas de Raúl, á quien, por su parte, escribía todos los días. La ausencia de la condesa habría podido librar á éste del abismo que le amenazaba, si Florina hubiese estado á su lado; pero para colmo de su desgracia hallábase completamente solo, rodeado de amigos convertidos en enmascarados adversarios desde que manifestó su intención de dominarlos. Sus colaboradores, dispuestos á adorarle en caso de triunfo, por el momento le odiaban cordialmente. Así anda el mundo literario, en el cual sólo los inferiores son queridos, encontrando todo el que tiende á elevarse, sea quien fuere, la enemistad y el odio de los demás. Esta envidia, tan generalizada, alienta y facilita el vuelo de las medianías, que sin excitar por el momento recelos ni sospechas, hacen su camino como los topos, encontrándose de lleno, por imbéciles que sean, en las columnas del *Monitor*, mientras los hombres de talento se tiran de los pelos junto á la puerta para impedirse la entrada mutuamente.

La sorda enemiga de esos falsos compañeros, que Florina habría desvanecido con la ciencia innata en las cortesanas, tan propia para adivinar lo verdadero entre cien mentiras, no era el único peligro que corría Raúl, pues sus dos consocios, el abogado Massol y el banquero de Tillet, hacía ya tiempo que llevaban meditado unirse el ardor que desplegaba al carro de su ambición personal, para deshacerse de él cuando dejara de ser necesario al periódico, arrebatarle esta palanca en el

momento en que quisiese servirse de ella. Nathán, en su concepto, era una suma destinada á derrocharse, una máquina literaria de diez plumas de fuerza, puesta á su exclusivo servicio. Massol, uno de esos abogados dotados de la facultad de hablar de todo, haciendo gala de insípida elocuencia, que poseen el secreto de fastidiar á todo el mundo y de empequeñecer las más elevadas cuestiones, ansiosos de convertirse en personajes á toda costa, ya no quería ser ministro de Justicia como antes, pues en el corto espacio de cuatro años había visto pasar la garnacha presidencial por cinco ó seis personas y mejor le convenía una plaza de Instrucción Pública ó en el Consejo de Estado, sazónada con la cruz de la Legión de Honor. De Tillet y el barón de Nucingen se lo prometieron, siempre que no se separara de sus instrucciones, por lo cual les obedecía como un esclavo. Y para dar cuenta de Raúl más fácilmente, dejaban el periódico á su completo arbitrio, de modo que de Tillet sólo usaba de él para sus agiotajes bursátiles, en los cuales Nathán era un lego, y dió á entender un día á Rastignac, que el periódico se pondría por completo á las órdenes del gobierno, siempre que el ministro protegiera su candidatura, en sustitución de Nucingen, futuro par de Francia, designado ya al efecto por un sanhedrín compuesto de escasos electores, al cual desde entonces se envió gratuitamente y con profusión el periódico. De este modo Raúl era juguete del banquero y del abogado, que le dejaban al frente del periódico con todas las ventajas de esta posición, así de amor propio como de otra especie. Nathán, maravillado de ello, seguía encontrándoles, desde el día en que le pagaron el carruaje, los hombres más campechanos de la tierra, creyendo que podía disponer de ellos á su completo antojo. Nunca los hombres de imaginación, para los cuales la esperanza constituye el fondo de la existencia, conocen que es el momento de mayor peligro aquel en que mejor parecen andar sus negocios. Creyéndose triunfante, Nathán aparecía con cierto fausto por el mundo político y financiero; de Tillet lo presentó en casa de Nucingen y la señora baronesa lo acogió con suma distinción, menos por él que por la señora de Vandenesse; pero al dirigirle algunas palabras respecto á la condesa, hizo notar con fatuo desenfado sus relaciones con Florina, que no podía romper bajo ningún concepto.

—Y aun cuando pudiera ¿cómo dejar lo cierto por lo dudoso?—dijo—¿cómo cambiar una felicidad positiva y real

por unas cuantas coqueterías del arrabal Saint-Germain? Más tarde, comprometido por Nucingen, Rastignac, de Tillet y Blondet, prestó ruidoso apoyo á los doctrinarios, en la formación de sus efímeros gabinetes; y con el pretexto de llegar entero hasta el poder, desdeñó coadyuvar y sacar partido de ciertas especulaciones mercantiles, formadas á la sombra del periódico. La vanidosa ambición engendra tales contradicciones; Raúl, que un momento dado no vacilaba en comprometer á sus compañeros de redacción y en complacer tal vez demasiado á ciertos industriales, la había dado entonces por embozarse á los ojos del público con un espléndido manto. No obstante, dos meses después de la partida de la condesa, tuvo un cuarto de hora á lo Rabelais que le produjo terribles inquietudes en medio de sus triunfos. De Tillet llevaba adelantados cien mil francos, pues el dinero de Florina, tercio del producto de su mobiliario, apenas bastó para los primeros gastos, que, contados los del fisco, fueron enormes. Era preciso hacer frente á lo porvenir, por lo que solicitó del banquero que le adelantara cincuenta mil francos más, firmandole un pagaré á cuatro meses fecha de la entrega; de Tillet accedió á ello, deseoso de tenerle cogido por el cuello. Gracias á este suplemento de fondos, el periódico tuvo la vida asegurada por seis meses, y á los ojos de ciertos escritores seis meses son una eternidad; y cuando á fuerza de anuncios de viajantes y ofrecimientos de ventajas ilusorias, se han llegado á reunir unos dos mil suscriptores, entonces ya hay quien tiene aliento para echar los billetes de banco á este brasero. Con un poco de talento, un proceso político y una persecución más aparente que real, Raúl quedaba convertido en uno de esos modernos *condottieri* (1), cuya tinta puede tanto como la pólvora en otros tiempos. Por desgracia, verificó este arreglo antes que Florina regresara con una suma de cincuenta mil francos, pues entonces Raúl, seguro del éxito, y sintiéndose humillado ya por haber aceptado fondos de la actriz, al mismo tiempo que, cegado por las adulaciones de su camarilla, obligó á Florina á que los empleara en amueblar su casa nuevamente. Y como en aquellas circunstancias era preciso presentarse ante el mundo con fastuoso porte, no sólo invirtió

(1) Soldado mercenario que vendía sus servicios á cualquier príncipe de Italia.—(N. del T.)

en ello los cincuenta mil francos sino que tomó á préstamo otros treinta mil para tener la casa á su gusto en la calle Pigale, en donde recibió nuevamente á su antigua sociedad. La casa de Florina volvió á ser el terreno neutral, tan favorable para los ambiciosos políticos, que como Luis XIV entre los holandeses, trataban en casa de Raúl sin Raúl. Nathán destinó para la nueva aparición de la actriz en el teatro, una pieza, cuyo papel de protagonista le iba admirablemente; y ese drama-*vaudeville* debía ser el adiós de Raúl á la escena. Fué tan grande la ovación, que los periódicos, á quienes nada costaba esta complacencia, prepararon tan bien á Florina, que en la Comedia Francesa se habló de ajustarla, y en los artículos de crítica literaria y teatral se leía que Florina era la heredera de la señorita Mars. Este triunfo aturdió demasiado á la actriz para que pudiera fijarse en el peligroso terreno que pisaba Nathán, absorbida además por una vida de fiestas y festines. Reina de una corte de pretendientes que á su alrededor se agrupaban, quien con su libro, quien con su obra dramática, quien con su teatro, quien con tal ó cual bailarina, quien con tal ó cual empresa, quien, en fin, con un simple reclamo, abandonábase satisfecha á esos placeres que proclaman el poder de la prensa, augurio feliz de la influencia ministerial, y se extasiaba oyendo decir á cuantos la asediaban que Nathán era un gran hombre político.

—Raúl tenía razón—se decía entonces la actriz:—será diputado y ministro cuando quiera, como tantos otros que no le llegan á la suela del zapato.

Raras veces las actrices vuelven la espalda á lo que las halaga, y Florina, experta en el folletín cuando no en los manojos periodísticos, andaba muy lejos de desconfiar del periódico y de los colegas de su querido. Las mujeres de su temple sólo se fijan en los resultados. En cuanto á Nathán, aplazaba de sesión en sesión su llegada al poder, en compañía de otros dos periodistas, uno de ellos ministro á la sazón, el cual trabajaba á la sordina para derribar á sus compañeros de gabinete, deseoso de consolidarse. Después de esta ausencia de seis meses, Raúl vió nuevamente á Florina con deleite y se abandonó á sus antiguos hábitos, bordando secretamente la ruda trama de su existencia con las bellísimas flores de su pasión idealizada y los placeres que la actriz le proporcionaba. Las cartas que dirigía á María eran modelo de amor, de gracia y de estilo: Nathán la convertía en sol de su vida y no